

EL LAZARILLO DE TORMES: DE LA IRONÍA A LA BURLA

Elton Emmanuel Brito Cavalcante¹

Resumen: El objeto de este trabajo se basa en la forma como la ironía y la burla se interconectan en el libro *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. La novela crítica irónica y satíricamente lo malo oculto de una sociedad que, bajo las apariencias, se decía seguidora de los preceptos cristianos. Pese al tono jocoso, trae, no obstante, una doble moral: Lázaro en su adultez consiguió, a raíz de sus trampas, superar la condición de pobreza, pero al lograrlo resultó con las mismas corrupciones de aquellos a cuyas críticas satirizaba. Es decir, la obra, en términos morales, desvela un leve pesimismo respecto al comportamiento de las personas. Sobre eso, se buscará aquí averiguar dos temas en el susodicho texto: las causas de la ironía y de la burla y el interés del autor al demostrárselos de forma tan explícita. Para ello, se utilizará como método el análisis histórico, siempre intentando vincular la situación del personaje con los días actuales, teniéndose muy presente que aquí no se hablará de análisis literario sin relacionar los rasgos psicológicos del autor, el contexto de este y el texto propiamente dicho. El resultado de eso es, como se lo verá, una especie de "crítica" a muchas de las críticas sutiles o no que se presentan en la sobredicha obra.

Palabras clave: Lazarillo de Tormes, ironía, burla.

THE LAZARILLO DE TORMES: FROM IRONY TO MOCKERY

Summary: The object of this work is based on how irony and mockery are interconnected in the book *The Life of Lazarillo de Tormes and his fortunes and adversities*. The novel ironically and satirically criticizes the evil hidden from a society that, in appearances, became a follower of Christian precepts. The narrative, despite the ironic tone, brings, however, a double morality: Lazarus in his adulthood managed, as a result of his traps, to overcome the condition of poverty, but in achieving this resulted in the same corruptions of those whom he satirized. That is, the work, in moral terms, reveals a slight pessimism regarding the behavior of people. On that, two themes will be sought here in that text: the causes of irony and mockery and the author's implied interests by demonstrating them so explicitly. To this end, historical analysis will be used as a method, always trying to relate the situation of the character with the current days, keeping in mind that here you will not be able to talk about literary analysis without interconnecting the author's biography, the context of the author and the text itself. The result of that was, as you will see, a kind of "criticism" of many of the subtle criticisms or not presented in the so-called work.

Keywords: Lazarillo de Tormes, irony, humor.

1. Introducción

La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades es obra anónima del Renacimiento español; publicada en 1554, aborda las peripecias

¹ Mestrado em Estudos Literários pela Universidade Federal de Rondônia (2013); Licenciatura Plena e Bacharelado em Letras/Português pela Universidade Federal de Rondônia (2001); Bacharelado em Direito pela Universidade Federal de Rondônia (2015); Especialização em Filologia Espanhola pela Universidade Federal de Rondônia; Especialização em Metodologia e Didática do Ensino Superior pela UNIRON;. Ex-professor da rede estadual de Rondônia; Ex-professor do IFRO; Atualmente é professor da Universidade Federal de Rondônia - UNIR.

de Lázaro de Tormes, un joven huérfano de padre que, a causa de la pobreza, su mamá le tuvo que dejar bajo los cuidados de un viejo ciego, a quien le había de guiar. No tardaría, con todo, para que el anciano se desvelara egoísta en algunos aspectos, lo que hizo al jovencillo alejarse de él y a lidiar por sí solo con las adversidades que la vida se le ofrecería. Después, tuvo otros “maestros”, todos demostrándole vicios morales o malas costumbres, cosas que le impedirían quedarse con ellos de forma duradera. Así, la novela crítica, irónica y satíricamente, lo malo oculto de una sociedad que, bajo las apariencias, se decía seguidora de los preceptos de caridad y amor al prójimo. La narrativa trae, no obstante, una concepción que se consubstancia en una doble moral: Lázaro en su adultez alcanzó, a raíz de sus trampas, superar la condición de pobreza, pero al lograrlo resultó con las mismas corrupciones de aquellos a cuyas críticas satirizaba. Es decir, la obra, en términos axiológicos, desvela un leve pesimismo respecto al destino de la sociedad. Sobre eso, se buscará aquí averiguar los intereses tácitos del autor al utilizarse de las burlas para evaluar a los demás.

2. La novela picaresca y el Renacimiento español

El *Lazarillo de Tormes* es producto del ingenio humanista y renacentista. Sin embargo, hay quienes dicen que el Renacimiento jamás existió en su plenitud en España, puesto que aquel fue rebelde en contra de los valores del medievo, y esta, en realidad, supo mantenerse al margen de los avances científicos contrarios a la religiosidad. Es difícil aceptar no haber habido en España el Renacimiento, en vista de que los “fundadores” de tal país, los reyes católicos, fueron incentivadores del arte y filosofía modernas, y lo mismo hicieron sus nieto y biznieto, Carlos V y Felipe II, respectivamente. Es verdad que, bajo el gobierno del primero, quien a la vez era rey de España y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, se desarrolló en Alemania la Revuelta luterana, pero, desde un principio, según Silo (1969), dicho emperador quiso conciliar las dos religiones, sin lograr, empero. Pese a eso, el

Imperio continuó por años sin las oleadas de persecuciones al libre pensamiento, solo cambiando cuando se impuso a Carlos V que eligiera entre continuar bajo la protección católica o mantener la paz con los protestantes, con lo que accedió en no transigir con la nueva fe. Solo a partir de ahí es que se puede decir que se empezó netamente la Contrarreforma, lo que no conlleva afirmar que bajo la administración del emperador hubo persecución a la ciencia o al progreso económico. Por lo tanto, en la primera mitad del siglo XVI, España estaba en constante ascenso y a la vez preparándose para su resplandor, que vendría con Felipe II.

No hay que negarse, por consiguiente, la existencia de un verdadero Renacimiento español. Tanto es verdad que, ya en mediados del siglo XV, los cambios mentales pronto acaecieron en el país: entre los eruditos medró la aceptación de una visión antropocéntrica, dándole al hombre la posibilidad de experimentar cosas que antes se le negaban. Eso haría cambiar la manera de producirse o leerse libros de ficción, sobre todo con el avance de los principios oriundos de la *Escuela de Salamanca*. Así, surgió la novela picaresca que, en términos meramente literarios, reaccionaba contra los tres principales tipos de narrativa de entonces: *caballería*, *sentimental* y *pastoril* (Stengel, 200a7), con lo cual representaba el rechazo casi total a los paradigmas medievales, en los que prevalecía la postura del héroe idealizado, por lo general noble en sus actitudes, que ponía su vida en riesgo para salvar la de los demás: austero y fiel, no reclamaba en las adversidades. Los sucesos de tal héroe se asemejan a los de sus congéneres contemporáneos, *Superman* y *Capitán América*, por ejemplo, especies de semidioses griegos; y, por más que el referido personaje medieval sufriera, siempre mantenía su caballerosidad, incluso en sus pensamientos, venciendo a enemigos que, a pesar de la superioridad numérica, caían ante lo inexorable de sus destinos: ser derrotados por tal héroe.

Al revés, de la novela picaresca emana el antihéroe, que, por su turno, es más materialista, especulando en cómo sobrevivir o libertarse de los problemas cotidianos. En este sentido, se le comprende más como una consecuencia

social y menos como un ser malo por excelencia. El rechazo al héroe idealizado haría consolidarse en la cultura literaria española la figura del *pícaro*, quien, en general, es

Un hombre sin oficio determinado, que vive de un modo irregular y vagabundo, que es, alternativamente, criado de un aristócrata o tahúr de una taberna, cuando no vive de limosna o de sus raterías; sin ser un delincuente, su situación es siempre poco clara (PLAJA, p. 197, 1965).

Este tipo de personaje, empero, es antiguo en la tradición literaria universal, aunque, como género literario, se debe atribuirlo a la España del siglo XVI. Se cree que surgió en dicho país como el resultado de la corrupción moral en la que la gente de la región se estaba involucrada. Con todo, Chabás (1936) discrepa un poco de esta última asertiva, pues afirma que a la época el modo de vivir en Francia o Italia no era tan distinto del de España, por lo que el género picaresco podría haber surgido simultáneamente en tales países, pero eso no pasó. Así, para él, no fueron las costumbres sociales que trajeron el nuevo género, sino un natural cansancio hacía las novelas de caballería: se debería atribuir lo picaresco a una reacción tan solo en el campo literario. No obstante, eso tampoco explica de todo el fenómeno, en vista de que también en Portugal abundaba la pasión por sobredichas novelas, pero no se dice que en tal país hubo el apareamiento del género picaresco antes o simultáneamente al surgimiento del género en España.

Parece incorrecto, empero, decir que la picaresca no representaba, en el todo o en parte, el inconsciente colectivo de la sociedad española, mayormente si se tiene en vista que España caminaba para ser una de las grandes potencias de la era moderna: exuberante y orgullosa a la vez, pero en cuya riqueza había la huella indeleble de la colonización y esclavitud. La gran cantidad de oro y plata que llegó a tal país hizo crearse una valla espesa que separaría aún más a los adinerados de la gente perteneciente a las capas más menesterosas de la sociedad. La figura del pícaro se multiplicó, en este contexto, en la misma proporción que la del aventurero, con lo que

nos lleva al mundo cotidiano de Castilla, y por sus zonas sociales más miserables. Y también por vez primera, se hace protagonista de un relato a un personaje de condición humilde, que va creciendo luchando contra los problemas. Lázaro de Tormes sufre hambre, engaños, burlas y explotación. Todo lo contrario que los héroes de los relatos anteriores. Y lo hace en plena época de esplendor imperial español y de heroicas hazañas. (ASENJO, p. 01, 2013).

El pícaro no es igual al bellaco. La bellaquería ya se manifestaba en las generaciones anteriores desde el siglo XIV, pero de pronto ganó enorme bulto. Ella tenía una faceta que traspasaba a la del simple pícaro: se concretaba en la capacidad de apropiarse de tierras ajenas, esclavizar y engañar a personas en nombre del oro y plata y fingir que eso todo no pasaba: era un rasgo oriundo más de la codicia que de la pobreza e ignorancia, y asimismo se reflejaba en las políticas estatales. *Verbi gratia*, el Estado español promovió una limpieza de sangre que obligó a miles de judíos y musulmanes a renegar de su fe o a huir del país, lo que garantizó a la nobleza y burguesía quedarse con el patrimonio de los que se marchaban.

Con la Iglesia la cosa no mudó de rumbo, puesto que demostraba desde siglos preocupación con lo temporal, olvidándose de lo espiritual. Es decir, había roto gradualmente con aquello que los Evangelios enseñan, alejándose, por lo tanto, de los valores judaico-cristianos. Sin embargo, pese a todo eso, tal institución se mantenía en la apariencia como la única capaz de asegurar el reino divinal en la Tierra. Todo eso irradiaba en la sociedad en general, y criticarlo era demasiado peligroso e inaceptable para el *statu quo*, así, no por casualidad, el *Lazarillo*, en el período, ha sufrido dura persecución por parte de la Inquisición:

A pesar del enorme éxito alcanzado en su país de origen, principalmente por su carácter iconoclasta, de denuncia de la hipocresía y otros males sociales, el *Lazarillo de Tormes* se incluyó, en 1559, en el Índice de Libros Prohibidos (*Index librorum prohibitorum*), lista formada por la Iglesia Católica para prevenir de los males literarios que pudieran comprometer la fe cristiana (Escuelapedia, p. 01. 2020).

Todo eso obligó al propio Chabás (1936) a concordar que, de alguna forma, el *Lazarillo* manifiesta ciertos atributos de corrupción social de la época; no obstante, se los atribuya no al pueblo en su totalidad, sino más bien a los grupos menos acaudalados de la sociedad:

Los tipos de la novela picaresca están tomados de las capas bajas de la sociedad y son gentes que viven al margen de las leyes de ésta sirviendo a amos de distinta condición, resolviendo por medio de astucias las necesidades de su vida; dándose a aventuras en las que el resultado está siempre a la merced del ingenio, de la imaginación y del poco escrúpulo del héroe. Del hombre de éste, llamado pícaro, tomó el suyo el género que, si tenía precedentes anteriores, tan sólo en el segundo tercio del siglo XVI adopta como propio este nombre (CHABÁS, p.97, 1936).

En verdad, el hombre promedio español psicológicamente no se diferenciaba tanto del *pícaro literario*, que es pragmático. ¿Cómo no identificar eso con los miles de españoles que, a excusas de nuevas experiencias, se echaron al mar en pos de fortuna y gloria? ¿Cuántos miles de pícaros los buques no trajeron a América o se los llevaron a África? No por casualidad, el idealismo de las novelas de caballería era contrarrestado por el materialismo ocasionado por la inminente posibilidad de riqueza.

La dicotomía, idealismo versus realismo, sin embargo, es cíclica en las sociedades occidentales, pues por lo general mientras un pueblo comienza a desarrollarse económicamente le siguen las ganas de alejarse de las costumbres que le permitieron progresar. La Roma republicana, por ejemplo, se olvidó de los valores sencillos que la impulsaron a las conquistas y se dejó invadir por la promiscuidad e irrespetuosidad, cosas que no disminuyeron a lo largo del período posterior. En general, cuando eso pasa, las clases adineradas fingen no percatarse de la miseria de los demás, por lo que se crean para sí una literatura romantizada, que les mantenga alejadas de la situación real de sus paisanos.

Cuando este escenario llega al colmo, casi siempre aparecen dos tipos de grupos, los que no comprenden y los que se enfrentan a dicho idealismo. Quizá el mayor prototipo del primer grupo esté en el movimiento romántico del siglo

XIX. Durante esta época, mientras las doncellas de cuna noble suspiraban por sus héroes caballerescos y no pocos jóvenes de la misma cuna, a su vez, intentaban, inspirados en el *Werther* de Goethe, quitarse la vida a causa de un mero rechazo amoroso, los trabajadores de las fábricas luchaban desesperadamente para mantenerse vivos. Ese vacío existencial no era compartido por las clases obreras, puesto que vivían la desdicha oriunda de la Revolución industrial, por lo mismo no comprendían los hechos de aquellos que, bien alimentados, vivían bajo depresión y pesimismo. Si se les preguntara el porqué de Lord Byron hacer tanto éxito entre los adinerados, quizá no tendrían respuesta. No les pasaría por la mente que tal poeta representaba el espíritu de vanidad que solo se arraiga en sociedades en las cuales se ha cambiado la fe en lo Divino por la creencia en la razón humana.

Mientras la moda arrastraba a los incautos a suprimir su aburrimiento en las drogas o suicidio, los pertenecientes a las capas medias, presionados por el miedo a quedarse sin el pan e irse a vivir como los proletarios, luchaban por igualarse económicamente a los ricos. Es esa clase que a menudo rompe con el idealismo romántico: es ella que, intolerante a la pobreza y envidiosa de la riqueza ajena, hace revoluciones para cambiar el sistema. Así, este comienza a sucumbir no debido a la fuerza de las masas por sí solas, sino más bien gracias a la influencia de intelectuales hijos de dicha clase, deseosos, en muchos casos, no solo del pan de cada día, pero también de un bocado de la fortuna de sus “verdugos”. Por esta razón, el realismo comienza a surgir desde dos direcciones opuestas: desde arriba hacia abajo, gracias a la lujuria de las clases pudientes, sofocadas por su propio ocaso; y desde abajo hacia arriba, con el deseo de las clases medias de ascender al nivel de los ricos. A los pobres se los utiliza como carne de cañón o chivo expiatorio para reforzar una supuesta lucha de clases.

Por consiguiente, con la España de la primera mitad del siglo XVI pasaba cosa semejante: incitadas por las oleadas de oro y plata que ingresaban en el reino, las clases medias, nobles empobrecidos y burgueses sin títulos de nobleza deseaban ardientemente romper con el sistema social vigente, por lo

que se utilizaban de la literatura para demostrar lo que a sabiendas de todos era la rutina entre el pueblo: la hipocresía del alto clero y de la nobleza.

No por azar, el *Lazarillo* ha creado una tradición en la literatura occidental: los escritores que logran ascender de las clases sociales al llegar a la fortuna comienzan, desde ahí, a tirar astillas a todas las direcciones, criticando a griegos y troyanos. Como herencia de ello, se tiene, por ejemplo, el caso de Charles Dickens, quien trabajó en las insalubres fábricas de otrora y tuvo que convivir por largos años de su juventud con los desmedros y humillaciones provocados por el excesivo trabajo. Él, por consiguiente, no podía dejar de tratar de tal tema en sus novelas; aunque la exigencia de un público lector ávido por tramas de amor melifluo era el gran mercado consumidor de libros. No por acaso es irónico y crítico contundente de la sociedad burguesa. Lo mismo se puede atribuir a Machado de Assis, escritor brasileño contemporáneo a Dickens, el cual, pese a haber también comenzado a escribir bajo el influjo romántico, en pocas décadas se tornó el símbolo del realismo literario del país sudamericano. Machado vino de las clases bajas, hijo de pintor de paredes y una comadrona, no tuvo educación formal, pero se empeñó bastante en adquirir la erudición. De su sarcasmo se puede inferir que tuviese rencor en contra de las clases de arriba, a sabiendas de que para superarlas debía alimentarse de lo que ellas le proveían, leyendo apasionadamente todo lo que se le cayera en las manos. Así, se ha tornado el mordaz crítico de las costumbres y valores de las altas clases sociales de Brasil. Los ejemplos de escritores de ese tipo abundan, pues lo mismo se puede decir de Sarmiento en la Argentina del siglo XIX: rústico, crudo en sus palabras, sin pelos en la lengua, políticamente incorrecto, una ametralladora, en fin. Estos tres grandes escritores vinieron desde abajo y no pocas veces se utilizaron de rasgos de la novela picaresca para hacer sus obras maestras. ¿Y cuál la principal arma que se utilizaron para desplomar a sus enemigos? La risa y el sarcasmo.

3. La fina ironía y la burla como crítica social en el *Lazarillo*

El *Lazarillo* se ve desde pequeño frente a un mundo que le obliga a perder tempranamente la ingenuidad, y la única herramienta que posee ante la violencia en su contra es actuar como *pícaro*. Sin embargo, el narrador no es el niño huérfano, sino un adulto que, a partir de sus recuerdos, intenta burlarse de aquellos que le hicieron mal: es su venganza. Por otro lado, hay la figura del autor en sí mismo, en este caso, anónimo, que más que retratar el pasado se complace dibujando las caricaturas de sus contemporáneos. Posiblemente pertenecía a una de las clases privilegiadas, primero por saber escribir bien, pues la escritura no era algo común entre las masas, segundo por conocer las artimañas inherentes a las elites. Quizá ascendió socialmente por medio del comercio o a lo mejor fue funcionario público; pero es improbable que haya nacido en cuna noble, por cuanto penetra hondo en las pequeñeces de los pobres, conociéndolas muy de cerca. Es verdad que sus críticas asolan a todas capas, aunque él sea con unos más duro que con otros: critica la burguesía, por ejemplo, con cierta condescendencia, mientras que dibuja la nobleza y clero en lo peor de ellos. Si el autor no perteneciera directamente a la clase burguesa, seguro compartía con ella los mismos valores liberales y humanísticos.

Un socialista probablemente atribuiría las malas costumbres de *Lázaro de Tormes* a las consecuencias del conflicto entre clases sociales: el jovencillo sería tan solo una víctima más de las élites económicas. Por otro lado, un pensador católico podría decir que la pérdida de los valores morales medievales, basados en el ascetismo, tuvo como causa la expansión de las fuerzas comerciales, las cuales gradualmente cambiaron los comportamientos de los pueblos. Marxistas y católicos, pese a ser en muchísimos campos rivales, en un punto coinciden: la burguesía de una u otra forma sería la culpable de los conflictos contemporáneos. Y como la burguesía estaba en ascenso político-económico era normal que se enfrentara ideológicamente a las demás clases, incluso en el campo artístico, creándose un arte que expusiera peyorativamente a los rivales y ayudara, por tanto, a destruir los

resquicios del Feudalismo y del Absolutismo. Así, se ha utilizado de lo cómico como palanca contra lo que se consideraba autoritarismo.

Por otro lado, las clases menos privilegiadas, las acaudaladas y medias no compartían los mismos valores respecto a lo cómico. En verdad, la literatura erudita, siempre muy alineada a la nobleza, aún buscaba alejarse de lo caricaturesco y humorístico, pues desde los escritos de los *padres de la Iglesia* y, principalmente, los de San Agustín, constantemente se veía lo cómico y el burlarse como algo vulgar, lo que condujo a la mentalidad circunspecta de los eruditos medievales. Por lo mismo, la comicidad no ha sido atributo de la población en general, puesto que, como ejemplo, durante la alta Edad Media, mientras la nobleza se complacía con las canciones de amor y amigo, el pueblo se deleitaba con las de escarnio y maldecir, riéndose a boca llena de los sufrimientos ajenos. Además, en fiestas paganas como el Carnaval, se advertía la capacidad, aunque temporaria, de la plebe liberarse de las imposiciones religiosas, dejándose llevar por los afanes materiales. Por esta razón

Para nosotros, el Lazarillo encarna un constante proceso de entronización de lo material y corporal propio de la cultura popular de la risa carnavalesca, razón por la cual se pueden señalar varias razones que dificultan equiparar la carta con una función didáctico-moral: 1) El procedimiento paródico lleva a cabo una inversión de los valores, dada la fusión de lo serio con lo cómico, de lo elevado con lo bajo, de lo espiritual con lo material; 2) predomina una risa positiva, no destructiva, en la que el objeto no se encuentra sólo fuera, sino que lo constituye el mismo sujeto que se burla; 3) la novela no circula dentro de un ámbito rígido y autoritario, con pretensiones correctivas, sino que se mueve dentro de un ambiente amistoso y con el fin de agrandar y deleitar; y 4) la fusión de lo cómico y lo serio crea una percepción ambigua y ambivalente, cuestión que impide tener una concepción fija, unívoca y monológica del mundo y de los valores que lo constituyen (CARO, p. 04, 2006).

Ese reírse lleno de escarnio no era, en un primer momento, el objetivo de las clases adineradas burguesas que, en verdad, deseaban alejarse de los excesos; cambiar sí, pero sin hacer una revolución cultural, sobre todo en términos religiosos. Con todo, por miedo a persecuciones, mayormente de la Inquisición, de modo sutil, comenzaron a burlarse de sus opresores. Por consiguiente, surgió del seno burgués el ardid de reírse sutilmente de sus

opponentes, humillándolos furtivamente. Ese pragmalingüístico con el tiempo pasó a ser visto como rasgo de requintada inteligencia. Tal trazo no era característico de la mayoría de los escritores de cuño religioso, puesto que, incluso cuando tenían que enfrentarse al peligro de la muerte, escribían de forma objetiva, dura y directa, al estilo inconfundible de las Escrituras. Ellos rechazaban lo burlesco como forma de objetivar una sociedad más ecuánime, y eso recrudesció con la Reforma religiosa, máximamente entre los prosistas de cuño calvinista.

Dicha circunspección no se puede atribuir solo al cristianismo ortodoxo, católico o protestante, pues el pensamiento judaico tampoco permite bromas con lo sagrado; lo mismo se puede decir de Mahoma, cuyos escritos combaten a los juguetones. Incluso la tradición más ortodoxa griega y romana compartía las mismas nociones: Sócrates, por ejemplo, ha sido acusado de jugar con cosas sagradas para los griegos, lo que lo llevó a la pena capital. Platón, su discípulo, lo enalteció mientras que a los acusadores de su maestro los describió como inservibles para la república, aunque estuviesen, en efecto, luchando por mantener aquello que sus ancestros habían creído ser lo correcto. Para sus opositores, Sócrates más recordaba un bufón, y decían que, por detrás de su aparente modestia, se ocultaba una persona amargada, que se empeñaba en destruir a aquellos que supuestamente no le permitieron poseer el grado de respetabilidad social que él se creía merecedor. Otros advierten que, a diferencia de Jesús, que vino para reafirmar lo que las Sagradas Escrituras profetizaron, Sócrates rechazaba la tradición para imponer la razón por encima de todo, inclusive de la fe. Se burlaba, pero a la vez él mismo padeció de burlas, siendo las más famosas las de Aristófanes, célebre comediante de la época: ahí, la figura de Sócrates era la de un bobo que enseñaba tonterías en contra de la estructura social vigente.

Platón supo del peligro de la permisividad poética, tal como la que emanaba de la pluma de Aristófanes, tanto que en su república ideal no había espacio para los poetas: la república debía ser austera en lo tocante a la imagen de los otros, a la educación de los niños y al avance de la ciencia. Sin

embargo, hay una contradicción, puesto que sus escritos estaban plagados de ironías sutiles contra todos los que le podían oponerse. Es decir, el arma que Platón deseaba prohibir a los demás era la que utilizaba para herir a sus adversarios. En efecto, en la Atenas de Platón ya se difundía un clima de irrespetuosidad a los principios religiosos y al honor de los ciudadanos. Y fue gracias a esa irreverencia que la otrora poderosa ciudad caería a manos de Filipo II y su hijo. Estos la vencieron no por más listos o puritanos, sino porque ella estaba bajo desorden. Por ello, Atenas no tuvo como enfrentarse a la disciplina militar impuesta por los macedonios.

En suma, los paganos conservadores, los religiosos cristianos y judíos rechazaban la risa en contra de lo sagrado y de las autoridades constituidas. Y es en desfavor de esa circunspección religiosa que el humanismo-renacimiento se levantó, y es contra lo mismo que el *Lázaro de Tormes* pelea.

3.1. El *Lazarillo* y la Iglesia

Rabelais decía no haber autoridad establecida que se sostuviera firme ante una oleada de carcajada en su desfavor. Los humanistas tenían eso muy presente desde siglos, y se utilizaron de lo burlesco ante la Iglesia católica, lo que no estaba de todo incorrecto, en vista de que esta se excedió en algunos casos, principalmente respecto a la Inquisición. Así, Lázaro decía de un sacerdote católico que “comía como lobo y bebía más que un saludador”. Tal clérigo echaba migajas al jovencillo, diciéndole: “Toma, come, triunfa que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el Papa”. Hay otro trecho en que guarda a llaves panes en un arca, pues sospechaba que el muchacho podría robárselos. Lázaro, mirándolo lacónicamente, decía: “Yo por consolarme abro el arca y, como vi el pan, comencelo [sic] de adorar, no osando recibillo [sic]”.

No se está aquí defendiendo o acusando el catolicismo, pero en el caso específico de la España del *Lazarillo*, ¿será que todos los clérigos actuaban de esa forma? La pregunta tiene sentido, pues no siempre el personaje es sincero en sus asertivas. Hay un pasaje en el que, además de bromearse de la Iglesia,

se burla más bien de los contenidos de los Evangelios. En tal pasaje, el narrador venía describiendo las peripecias de su padre, quien fue a la cárcel por hacer “ciertas sangrías en los costados de harina de los otros comerciantes”. El Lazarillo, con todo, dijo de su progenitor lo siguiente: “padeció persecución por justicia. Espero en Dios que esté en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados” (p.3, 1987). Es decir, hace un alegato en defensa de su ascendiente cuando convoca la autoridad de los Evangelios para justificar los pecados de este, víctima de presunta persecución por la justicia. No hubo, empero, persecución ni tampoco injusticia, al revés, se lo prendieron debido a haber perjudicado el fruto del trabajo de otras personas. Asimismo, los Evangelios no señalan que los rateros, independientemente de su clase social o situación financiera, serán salvos, sino que cualquiera que se arrepienta francamente de sus malos hechos y deje de continuar en pecado logrará el Reino del Cielo. En el caso, el papá de Lázaro era un ladrón que, pese a las dificultades económicas, lo hizo de forma premeditada, y tuvo su merecido, habiendo sido puesto en la cárcel por sus errores, por lo que no hay que se hablar de injusticia. Ahora bien, si se arrepintió después no se sabe. El narrador quiere atribuir a los Evangelios la defensa de una cosa que ellos no defienden.

4. La otra herencia del *Lazarillo*

Los conflictos inherentes a las costumbres en el *Lazarillo de Tormes* están presentes en la actualidad todavía. *Verbi gratia*, en la novela de Umberto Eco, *El nombre de la Rosa*, se intenta desvelar un medievo sombrío y autoritario. La trama queda alrededor de un supuesto tratado de Aristóteles sobre la comedia. En efecto, gracias mayormente a Tomás de Aquino, se solía aceptar en Occidente el pensamiento aristotélico como cimiento de la Iglesia romana. En términos literarios, los tratados del estagirita atestiguarían que el género literario por excelencia sería la tragedia, pues esta proporcionaría una

purgación que llevaría el individuo al autoconocimiento y, por consiguiente, a la posibilidad de arrepentirse de sus fallas morales.

Ese remordimiento se llamaría *catarsis*, y estaría, en el período, mezclado con los preceptos netamente cristianismos. Así, Aristóteles estaba casi alzado a la categoría de “santo”, por lo mismo no se podría admitir que él hubiese escrito de forma favorable sobre temas considerados contrarios a la fe cristiana y al ascetismo medieval. Lejos de ser un cristiano, empero, Aristóteles era un pagano y, por consiguiente, pensaba como el hombre de su época y cultura. La tradición dice que él había escrito sobre temas no siempre conciliables con la fe católica, y uno de sus tratados abordaba justamente la comedia. En tal libro la importancia de la *tragedia* estaría mitigada, puesto que el filósofo no la consideraría mejor que la comedia.

En aquellos tiempos, la difusión de tal libro abalaría la credibilidad de la Iglesia. Por lo menos es eso que la novela de Eco insinúa, pues en ella el texto de Aristóteles aún existía y estaba bajo la protección de un monasterio, presidido por un monje viejo y ciego, quien, percatándose del peligro, intentaba a toda costa impedir que se lo leyesen. Pese a eso, los jóvenes monjes, inspirados por las ideas humanistas, lo leían a escondidas. Debido a ello, el monje les hizo trampa al poner veneno en las hojas del texto. Así que quien las tocase con los dedos y, por distintos motivos, llevase estos a la boca, el contacto del veneno con la saliva lo haría morir. Hubo muchas muertes, pero los otros clérigos las atribuían a acciones demoníacas. Y, para investigárselas, la curia romana envió dos monjes, que pronto descubrieron las causas de los homicidios.

De la forma como el enredo se desarrolla, el monje viejo y ciego es la representación del supuesto oscurantismo medieval, mientras los dos protagonistas, algo así como Sherlock Holmes y su escudero, con sus gafas y aparatos tecnológicos, aparecen como los científicos listos y opuestos a la barbarie. Con todo, si el libro fuese escrito durante el medievo o a comienzos de la Edad Moderna, sus críticas tendrían una razón de ser, pues estarían reprochando un fenómeno que el autor desearía ver superado: el presunto

“oscurantismo medieval”. Sin embargo, pertenece al siglo XX, época en la cual la Iglesia ha cambiado bastante, siendo sus escándalos denunciados constantemente, incluso un papa, en nombre del ecumenismo y del multiculturalismo, besó públicamente el Corán, obra en muchos puntos contrarios a la divinidad de Jesús Cristo. Es decir, la Iglesia hoy está lejos del ascetismo de otrora.

A lo mejor *El nombre de la Rosa* no acuse tan solo la Iglesia romana en cuanto institución, sino el cristianismo en general, puesto que hay vertientes, católicas o protestantes, que no están a favor de un mundo donde la aceptación de los vicios se torne la norma. Por supuesto, son contrarias a los establecimientos religiosos que se alejan de los principios del cristianismo primitivo, sobre todo los basados en el apóstol Pablo, quien combatió de forma contundente los excesos de la cultura greco-romana. Por consiguiente, tales cristianos discrepan de aquellos que cierran los ojos a los casos de pedofilia, pero a la vez combaten también las instituciones en las que la “teología de la prosperidad” permite el cobro de “indulgencias”, como ocurría en la Edad Media. Este remanente del cristianismo primitivo se mantiene latente en toda la cristiandad, asimismo es similar al del período inmediatamente anterior a la Reforma luterana: huye del mundo material y anhela la venida de un reino divino fuerte que contrarrestará la organización social vigente.

Se puede inferir que el sacerdote ciego y con aires de malo en la susodicha novela en verdad defendía los preceptos perpetuos del cristianismo y que muchísimos, antes mismo de la reforma de Lutero, ya anhelaban que la Iglesia romana como un todo volviera fervorosamente a tales normas. La crítica de Eco, por otro lado, es un panegírico de lo cómico cuando difunde la idea de que este por su naturaleza es bueno y que el ascetismo es antinatural, grotesco y anticuado. Y de cierta forma coincide con el *Lazarillo* con respecto a ello, porque tanto en el *Lazarillo* cuanto en *El nombre de la rosa* se critica la parte como si fuera el todo.

Y las burlas de libros como el *Lazarillo* son los fundamentos intelectuales que permiten a numerosos humoristas profesionales contemporáneos reírse de

los demás hasta el punto de humillarlos. No es raro que algunos de estos burladores traten a personajes ilustres, vivos o no, como si fuesen despreciables. Los que poseen dinero para demandarlos, lo hacen, pero hay en las sociedades occidentales una especie de convención tácita que, en nombre de la libertad de expresión, protege a tales ofensores.

La carcajada que intenta destruir la imagen de una persona es algo hoy habitual y medra día tras día gracias a las redes sociales. En el fondo, es el signo de la rebeldía. Los judíos y cristianos que siguen sus libros sagrados de forma sincera, aunque pregonen la república y democracia, en el fondo anhelan el retorno de un rey mano dura, que imponga las leyes de Dios. Es decir, en el seno mismo de las grandes democracias republicanas se gestan todos los días en la mentalidad de las gentes el deseo por la monarquía, y todos los ritos y pompa que esta exige.

No por azar la crítica a los cristianos fieles. Algunos novelistas, herederos del humanismo, advierten que ese tipo de cristiano es peligroso a las bases republicanas y democráticas. A su vez, y casi paradójicamente, el temor a un reino poderoso e imperialista como el de Roma no es el mayor problema, sino un reino que imponga los valores de disciplina por encima de los de libertad o igualdad, combatiendo los excesos de ambas. En la Roma republicana, pese a su autoritarismo político-militar, era extremadamente permisiva en lo tocante a la economía, cultura y cuestiones sexuales; cuando vino la fase del Imperio, aunque surgieron ciertos intentos de cambiar las costumbres morales, la fuerza del hábito prevaleció hasta la venida del cristianismo, que luego también se corrompió a causa de su más fuerte exponente, la iglesia romana. Sin embargo, el otro reino es odiado por muchos, puesto que les rompería la forma de vivir imponiéndoles valores que ellos aborrecen.

Así, en la gran mayoría de las ciudades occidentales de hoy, predominan un modo de vivir muy cerca al de la Roma republicana en sus momentos de decadencia, en donde se ve un fenómeno común: el burlarse de todo se transformó en moda. Para que Roma no se autodestruyera se hizo necesario una mano dura que sacó del camino los burladores. Octavio Augusto, a pesar

de su hipocresía, supo ser ese líder brioso y rescatador de muchos de los valores de los comienzos de Roma.

Si la república romana duró cerca de quinientos años, la noción de república actual ya tiene esta edad, y vive en los mismos errores de la referida república. Si continua así, llegará el momento donde el reírse de todos llevará a un desorden tal que solo una fuerza autoritaria, como la de Augusto o del Rey David, podrá traer de nuevo el orden. Y esta es la herencia del humanismo y de una de sus grandes expresiones, el *Lazarillo*.

Referencias

LAZARILLO DE TORMES. Autor anónimo. Ed. Francisco Rico, Madrid, 1987.

ASENJO, Mario López. *Comentario del Lazarillo de Tormes*. 2013. Disponible en <https://masterlengua.com/comentario-del-lazarillo-de-tormes/#:~:text=%20Comentario%20del%20Lazarillo%20de%20Tormes%20%201,de%20formaci%C3%B3n%20del%20ni%C3%B1o%20y%20por...%20More%20>

ARISTÓFANES. *Las Nubes*. Ed. Libro.dot. disponible en <https://historicodigital.com/download/ARISTOFANES%20-%20Las%20Nubes.pdf>

CARBAJO, Francisco G. *movimientos y épocas literarias*. Cuadernos de la UNED, Madrid, 2002.

CARO, Jorge Ramírez. *EL LAZARILLO TEXTO CARNAVALESCO. Contra las lecturas satíricas y erasmistas*. Publicado en *Letras* (Heredia, Costa Rica: UNA,) n. 39 (enero-junio, 2006).

CHABÁS, Juan. *Historia de la literatura española*. Editorial Joaquín Gil, Barcelona, 1936.

ESCUELAPEDIA. *El Lazarillo de Tormes (análisis)*. Escuelapedia. Disponible en <https://www.escuelapedia.com/resumenes/el-lazarillo-de-tormes-analisis/>

SILIO, Vicente. *Nuevo manual de la historia de España*. Ediciones iberoamericanas s/a, Madrid, 1969.

PLATÓN. *Obras completas*. Tradução de Alberto Nunes. 3. Ed. Belém: EDUFPA, 2000, 13 vols. Disponible en <https://www.sabedoripolitica.com.br/products/platao/>

STENGEL, Marilen; REY, Diego. *Literatura universal*. Tomo I – desde el 800 a. C. hasta el siglo XIX. Ed. Era naciente, Buenos Aires, 2007.